

EZEQUIEL MARTINEZ WAGNER

EL ANATOMISTA

INGUZ EDITORIAL

Martinez Wagner, Ezequiel

El anatomista / Ezequiel Martinez Wagner ; editado por
Candela Yasapis. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos
Aires : Inguz Editorial, 2022.
370 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-48387-1-1

1. Narrativa Argentina. 2. Literatura Juvenil. 3. Novelas de
Misterio. I. Yasapis, Candela, ed. II. Título.
CDD A863.9283

Copyright © 2022 Inguz Editorial

Todos los derechos reservados

Impreso en Argentina, *Printed in Argentina*

Primera edición, 2022

©2022, Ezequiel Martinez Wagner

Dirección editorial: Candela González Niesl

Dirección de arte: Denise Matellán

Edición literaria: Candela Yasapis

Registrado legajo n° RL-2021-51783275-APN-DNDA#MJ

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo y escrito de la editorial y el autor. Su infracción está penada por la Ley 11.723 y 25.446.

Para Mile

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Quien mata a un médico, mata de forma indirecta a sus cientos de pacientes. Podría decirse, entonces, que quien mata a dos, mata a miles.

Bueno, si es todo tan aritmético, entonces hay un genocida suelto.

Y ese genocida me está buscando.

El martes 13 de agosto de 2019 me vestí para ir al laburo sin desayunar y con los músculos contraídos para lograr algo de calor. El día anterior había venido el gasista porque me pareció que la estufa estaba quemando mal y me pidió que no la usara hasta que volviera en unos días con el repuesto de la termocupla que le entraba hacia el final de la semana. Lo dijo así, como si nada, como si mi casa no fuese el polo norte sin la estufa. Sin esa termocupla infame, fetiche de todo gasista, que fuera cual fuese el problema se lo adjudicaban a ella. El tema era que cada vez que la prendía me empezaba a doler tremendamente la cabeza, y si el gasista quería estafarme para solucionar el problema, no me iba a quedar otra opción que bajar la mirada y aceptar sus condiciones.

Así y todo, me tenté de no hacerle caso. Con la fresca que pasé esa noche, tal vez hubiera preferido una migraña antes que la violenta neumonía que por poco me pesco durmiendo con la

estufa apagada.

Salí largando una humarada por las fauces y me subí al auto lo más rápido que pude. Adentro era un iglú con asientos de cuero. Me froté las manos como queriendo hacer un fuego entre las palmas, y rogué a Dios y al Gauchito Gil que la Scénic me encendiera. Tenía sus años, la pobre, pero nunca me había dejado a pata. Prendí la calefacción tan rápido como arrancó, y por las rendijas del iglú comenzó a infiltrarse un frío gélido peor que el de afuera. A la Scénic le costaba un poco y el calorcito recién se sentía a los veinte minutos de haber arrancado. Pero yo al laburo llegaba en diez.

Paulita me estaba esperando, puntual como siempre, y me dijo que el paciente de las ocho había cancelado, pero que aprovechó para llamar al de las nueve y pudo conseguir que viniera un poco antes. No sé por qué nunca me había enamorado de Paulita, pero ese día sumó un poroto enorme.

Me puse el guardapolvo, fui a mi consultorio y leí la ficha que me dejó sobre la mesa con la historia clínica del paciente de las nueve. Guzmán, un tipo joven con un solo riñón que, pese a todos sus cuidados, ya podía decirse que estaba en insuficiencia renal crónica. Su última proteinuria no era tan fiera, y la creatinina y la urea, dentro de todo, estaban en valores esperables para los años que llevaba peleándola con su condición.

Guzmán ingresó a los pocos minutos, pero yo tenía la cabeza en otro lado. Me trajo sus laboratorios y me quedé pensando en si estos chequeos de rutina serían cosa solo del nefrólogo o si también le pasaba a otros especialistas. Probablemente el endocrinólogo tenía consultas similares con los valores de las hormonas tiroideas o de las glucemias. El pediatra midiendo y pesando pibes. El cardiólogo con el colesterol y la presión. Lamentablemente, el grueso de las consultas privadas, esas que nos daban de comer por la cantidad y no la calidad, eran un plomazo marca cañón. Y este pobre tipo no tenía la culpa de tener una patología de mierda con un seguimiento berreta. Tampoco era que lo iba a atender

peor por ser dueño de una consulta pedorra, pero lo cierto era que no me despertaba el menor interés ir viendo cómo poco a poco su único riñón empezaba a no dar abasto. Extrañaba esas consultas derivadas por clínicos piolas que, pese a todos sus esfuerzos, no podían dar con el diagnóstico. Esas que veíamos en el hospital, de pacientes hechos pomada por haber llegado años tarde a la consulta, pero que tan gratificantes se volvían de atender por el esfuerzo médico que implicaba diagnosticarlos.

Me había prometido no volver a un hospital público, es verdad. No podía lidiar con la indiferencia de la gente, con la frustración de que no se comprometieran con el seguimiento de sus enfermedades, con tomar la medicación, con lo mínimo considerando que tenían a alguien del otro lado del escritorio preocupándose por ellos. Ni con eso ni con saber que no les podía achacar nada porque, al fin y al cabo, no tenían la culpa de estar en la situación en la que estaban. Pero me costaba admitir que haber intercambiado la frustración por el aburrimiento terminó siendo una decisión de la que no estaba tan orgulloso.

A los diez minutos de la entrevista me sonó el teléfono del consultorio. Me disculpé con Guzmán y atendí a Paula.

—Doctor, lo llama su tía —dijo con la voz tamborileando por no saber cómo proceder—. ¿La dejo en espera o le digo que está ocupado?

Miré a Guzmán que no parecía apurado en absoluto y resoplé.

—Pasamelá.

Escuché el auricular de Paula colgarse y la línea de Marta conectarse a la mía. Inflé el pecho.

—Martita, me agarrás en el medio de una consulta. ¿Pasó algo?

—Perdoname, querido —dijo de una forma sufrida exagerada—, sabés que no me gusta molestarte mientras trabajás, siempre tan ocupa...

—Decime, tía —la apuré y junté las cejas a Guzmán pidiéndole disculpas.

—Es por lo de hoy, del evento de tu padre, ¿viste?

—¿No podés llevar a Lulú?

—Ay, te juro, a veces siento que me lees la mente.

Claro. Eso o me clavás con ella cada quince días, Martita querida.

—Tía, estoy medio hasta las manos, ¿nadie más puede?

—Imaginate que si te lo estoy pidiendo a vos es porque ya probé con todos.

Negué con la cabeza y dejé el aire salir con el ruido de la descompresión de una caldera. La verdad era que no podía enojarme con ella, si había alguien que había cuidado a Lucía esos últimos años, esa era Marta. Pero me ponía de la nuca ser siempre el único que podía hacerse el hueco para cubrirla. Porque no era que justo me encontraba libre, sino que sabía muy bien que era el que más fácil hacía el esfuerzo.

Accedí y le dije que después le mandaba un mensaje para coordinar, pero que ahora tenía que seguir atendiendo. Cuando pude serenarme por fin, recordé que Guzmán seguía frente a mí, con su paciencia implacable.

—No se preocupe —dijo sonriendo tras echar un vistazo a su celular—, todos tenemos familia. ¿Era por su hija?

Me sonreí y agradecí su empatía con la mirada, pero sacudí la cabeza.

—Por mi hermana. Pobre, nos la vamos pateando entre todos, y siempre el que la liga soy yo.

—¿Muy chica?

—No, no es que sea chica —dije velozmente como para volver rápido a sus laboratorios y dar por concluida la consulta—. Es que

tiene una discapacidad, ¿vio? Y bueno, se complica. —Guzmán asintió con la cabeza y comprendió que no debía seguir ahondando en el tema—. En fin, a ver, estos te los hiciste la semana pasada, ¿no?

—Sí, sí. Casi seguro que el lunes.

—Bueno, no están tan mal, podríamos repetirlos en tres meses si te pare...

Y sonó el teléfono de nuevo. Lo dejé sonar una, dos veces. Paulita acababa de restar el poroto que había sumado.

—Atienda, doctor, no se preocupe —dijo Guzmán y me vio resoplar con alivio.

—Paulita —dije en un tono cadavérico.

—Doc, perdón que lo moleste, pero Walter dice que es de vida o muerte.

—Que me llame después.

—Me avisó que usted diría eso y me pidió que por favor se lo pasara, que es realmente importante.

Cerré los ojos con sufrimiento. De haber sido Guzmán, me hubiera ido a la mierda hace un buen rato, pero joven y todo, el tipo era extremadamente respetuoso. Me volvió a asentir con amabilidad y suspiré por vigésima vez en lo que iba de la consulta.

—Pasameló.

Hubo una pequeña interferencia con el entrecruce de líneas, y lo escuché respirar del otro lado.

—¿Qué hacés, gato montés? —preguntó la inconfundible voz de mi mejor amigo.

—Rápido, que estoy atendiendo.

—Pará, che, ¿así me recibís? Pero qué falta de —hizo una pausa, seguro para dar una pitada a su porrito mañanero— respeto, que lo parió.

¿Por qué hablaba como un gaucho? ¿Por qué dijo que era de vida o muerte y por qué le creí? Ninguno de esos planteos podían verbalizarse frente a Guzmán, pero tenía muchísimas ganas de recontra cagarlo a trompadas.

—Walter.

—¿Cómo andás, amigo? Tremenda mañana, ¿viste?

Estaba nublado y hacía un frío de cagarse. El tipo vivía en otro planeta, no había otra explicación.

—Walter.

—Che, sabés que la semana pasada estaba viendo la serie esta nueva, la que te gusta, esa que van varios equipos de colores y se cagan a palos para llegar al objetivo. O que tienen que trepar cosas enjabonadas mientras les tiran cosas, ¿sabés de cuál hablo?

Si el simio me estaba diciendo que un programa de entretenimiento de los noventa era una serie nueva, lo tenía que mandar a matar, se lo había ganado. Y no había forma de que pudiese decir la palabra “*Supermatch*” frente a Guzmán y simular importancia al pronunciarla.

—Walter, me tengo que ir.

—No, pará, pará, es —pausa, pitada— importante. Quiero anotarme. Quiero que nos anotemos juntos y ganemos el premio.

Llegamos veinte años tarde, amigo, y si no me equivoco, el programa era en Australia. Estaba hablando con un pelotudo.

—Te paso con Paulita, tengo que seguir atendiendo.

—Uh, esa Paulita —se rio, justo cuando apreté la tecla para que ella estuviera en línea—. Cómo juega esa Paulita. Tremenda burra tiene, algún día la voy a invitar a salir.

—Paulita, querida —dije atragantándome la risa—. Sí, Walter hablaba de vos, no le hagás caso.

—Ah, doc, bueno...

—¿Paula? —dijo Walter, tosiendo el humo que acababa de inhalar—. Paulita, la concha de la lora, disculpame en serio, me muero de la vergüenza, no quería que lo escucharas por acá.

—No pasa nada —dijo, muy probablemente, con vapor trepándole por la nuca.

—Es que estás muy bien de atrás —se atolondró el repelotudo—, y de adelante también, que no se me malinterprete.

—Claro, porque eso podía ser bien interpretado—. Lo que pasa es que te lo quería decir yo, cara a cara, y después invitarte a salir. ¿Estás ocupada hoy?

—Walter, me llamás después, ¿te parece? —intervine.

—No, no, las pelotas. Voy para allá. Tengo que arreglar las cosas con Paulita.

Y el imbécil colgó. Me apacigué lo más que pude y hablé al auricular.

—Perdón.

—No se preocupe, doc...

—Pero te avisé que no le hicieras caso —reí, restándole importancia al asunto—. Sigo con Guzmán.

Y colgué. Guzmán parecía divertido.

—¿Familia?

—Algo así —me sonreí agarrando sus laboratorios, idealmente por última vez—. El problema es que la familia no se elige, pero los amigos sí. Y cuando uno elige mal a sus amigos, no le queda otra que admitirse un estúpido.

Guzmán rio y se cruzó de brazos.

—Estaba por citarme de nuevo en tres meses, ¿puede ser?

—Sí —murmuré releendo rápidamente su función renal—. Sí, tres me...

Y escuché a alguien tocar el timbre con desenfreno. Guzmán se giró sobre sí, yo cerré los párpados vencido, y ambos escuchamos a Paulita abrirle la puerta del otro lado al energúmeno de Walter.

—Vuelvo en tres meses, doctor. Déjele las órdenes a la secretaria que yo las retiro en la semana —se adelantó a la nueva interrupción.

Guzmán se puso de pie esbozando una sonrisa. Me puse de pie también, no sabiendo cómo ocultar mi vergüenza. Lo acompañé a la puerta del consultorio, junté valor y giré el picaporte. Del otro lado nos encontramos a Walter abriendo intempestivamente la puerta de entrada. El hecho de que el departamento me lo hubiese alquilado su vieja terminó siendo un arma de doble filo: por un lado, el descuento era considerable; por el otro, Walter era mi vecino.

—Simule no haber visto nada —le dije a Guzmán guiándolo hacia la salida.

—Pauli, Paulita querida, no te hacía por acá —decía Walter apoyando casualmente un codo contra la pared, en un intento para nada forzado de seducirla—. ¿Venís seguido? —Pero mi secretaria retrocedía con cada palabra que decía.

Con una mano en su espalda, un poco más y empujo a Guzmán fuera del consultorio. Cerré la puerta detrás de él y me encontré a Walter, de pijama, caminando desinteresadamente hacia Paulita. Cuando digo de pijama, me refiero a que estaba en calzoncillos, musculosa y ojotas, pero lo cierto era que así se vestía casi todos los días de su vida.

—Walter —dije apoyando mi espalda contra la puerta.

—Paulita —empezó él, alcanzándola a la altura del escritorio—. Mirá, yo sé que es temprano, pero llevo los últimos cinco minutos pensando en vos, me tenés loco.

—Walter. —Fui hasta donde estaba parado, le pasé una mano

por el hombro y lo empecé a arrastrar hacia el consultorio.

—Llamame, Pauli —dijo poniendo el pulgar y el dedo meñique a la altura de su oreja derecha—, sabés dónde vivo. —Y le guiñó un ojo justo antes de que pudiera hacerlo entrar a mi lugar de trabajo.

Lo senté a la fuerza, me aseguré de que no se quisiera parar cual niño rebelde y di la vuelta al escritorio para, de una vez por todas, tomar asiento. Revisé mi celular, vi que en algún momento de esa mañana un número desconocido me había dejado una perdida, y relinché exhausto. No sé exactamente cuándo, pero fue cuestión de un parpadeo para ver a Walter encender un porro como si estuviese en el living de su casa. Me miró lentamente, mientras la punta de su cigarro se ponía incandescente y unas pequeñas bolitas de humo emanaban de su boca. Miró hacia un costado, luego hacia el otro y, todavía con el pucho entre los labios, me habló:

—¿Querés?

Suspiré totalmente falto de energías y extendí la mano aceptando mi derrota. Walter me pasó el porro en medio de una sonrisa, sentí el calor entre mis dedos y después mi boca llenarse de lo que tanto aberraba de mi amigo.

—¿Por qué me tenés que hacer quilombo todos los días? —le pregunté mientras le devolvía el faso y le escupía una nube de humo en la cara.

Walter lo agarró cagándose de risa con los ojos completamente enrojecidos. Subió los pies al escritorio y los cruzó sobre mis papeles.

—Porque lo mío es el arte y, de no ser por mí, bastante más chota sería tu vida.

Lo peor de todo era que tenía razón.

—¿Qué pasó ahora? ¿Necesitás guita? ¿Tu vieja aumentó el alquiler?

Walter frunció el ceño.

—No, ¿por qué decís eso?

—Porque le dijiste a Paulita que necesitabas algo de vida o muerte.

—Cierto —murmuró un asentimiento—. Nada, era para saber si estabas para una birrita.

—Sos un pelotudo.

—¿Eso es un sí?

No me hubiera sorprendido en absoluto que sacara de su calzoncillo dos porrones de cerveza.

—Son las nueve de la mañana, Walter.

—Bien que el porrito me lo aceptaste. —Y le dio otra pitada.

—Sabés que no puedo tomar —le negué con la cabeza—. Además, hoy tengo lo de mi viejo y tengo que llevarla a Lulú.

—¿Qué cosa de tu viejo? —preguntó volviéndome a ofrecer el porro.

—Su premiación, ¿te acordás? —Y se lo negué con la mano.

—¿Otra? La mierda, tu papá tiene más premios que Titanic, boludo.

—Esta es la posta, el Nobel de la medicina sudamericana.

—¿Cómo hay que ir vestido?

—Ni se te ocurra.

—Dale, decime, que después caigo como quiero y si desentono termina siendo tu culpa.

Miré la pared que estaba detrás de él como intentando ver un horizonte imaginario. Sin embargo, más que un sol elevándose por encima de un mar planchado, solo pude ver una tormenta negra y vibrante con el agua sacudiéndose alarmada. A veces,

aceptarme un boludo terminaba siendo lo único que terminaba por calmarla.

—Exactamente al revés de como estás vestido.

—¿Desnudo? Tremendo, yo pensé que...

—Elegante, de gala, no te hagas el imbécil. Pero no estás invitado, no se te ocurra aparecerte.

Walter me sonrió y no me cupo la menor duda de que esa tarde él estaría presente. Y esa tarde, mi vida iba a cambiar para siempre.

CAPÍTULO II

Lulú tenía síndrome de Down. Se le coló un cromosoma de más en su gestación y eso le trajo muchísimos problemas. Por suerte, para compensar un poco, la peque tuvo varias cosas a favor: por un lado, su síndrome era un mosaicismo, o sea de los leves, y por el otro, que el viejo era cirujano y mamá pediatra. En ese sentido, todo lo que se pudo hacer con los inconvenientes que fueron apareciendo implicó que dos caballos de guerra estuvieran siempre listos para hacerles frente.

Porque el síndrome de Down, más allá de complicar la subsistencia de chicos en una sociedad que no estaba lista para hacerles el hueco, iba mostrando la hilacha de a poquito. No era solo el retraso neuromadurativo del que todos eran conscientes. Muchas veces lo acompañaban trastornos neurológicos que aparecían después, anemias, problemas en la deglución, cáncer y tantas otras cosas que daba dolor de cabeza el solo enumerarlas.

Sonará cursi, pero vi a Lulú, con sus veintiocho años recién cumplidos, en la noche de ese fatídico martes 13, saliendo de su departamento propio, y se me llenó el corazón de orgullo. La peque estaba de punta en blanco, con un vestido hermoso que era de la vieja, lleno de flores y colores estridentes, y unas sandalias que le sumaban unos buenos centímetros a su corta estatura. La

vi apoyar su cartera en la vereda y después hacer lo que siempre hacía.

—¡Lele! —dijo extendiendo los brazos al aire, esperando.

Salí de la Scénic, le di la vuelta por delante del capot y me metí entre sus brazos, sujetándola por la cintura y haciéndola dar una vuelta en el aire. No sabía por cuántos años más podría hacer eso, pero mientras pudiera, lo seguiría intentando.

—Dale, entrá que vamos a llegar tarde —dije apoyándola en la vereda mientras me llenaba la cara de besos.

Porque pocos te avisaban, pero por lo general, tener a alguien en la familia con trisomía 21, como le decían los médicos, implicaba amar a esa persona hasta el infinito. Y esa partecita de la enfermedad a veces me hacía pensar que ojalá pudiésemos estar todos un poquito más enfermos.

Camino a la premiación, me pareció que Lulú estaba más sonriente que de costumbre. No solía hacer falta que yo dijese algo para que ella pasase a explicarse, pero esta vez me generó intriga.

—¿Qué pasa, hermanita?

—¿Con qué? —contestó rápido, intentando ocultar su excitación al entretener sus manos con la calefacción deficiente del auto.

—No sé, vos sabrás.

—No. —Se ruborizó y echó una carcajada porque su sonrisa rebalsó de emoción.

—¿Conociste a alguien?

—¡León! —me retó y me golpeó en el hombro con una fuerza desmedida, haciéndome volar un poco para poder mantener mi carril—. No digas pavadas.

—Te agarré —me reí anclando una lágrima en el párpado—. ¿Lo conozco? ¿Es del trabajo?

—En McDonald's no nos dejan tener novio. —Supe que sus ojos estaban brillando.

No solo estaba enamorada, sino que era un amor prohibido. Me explotaba el alma de verla así, pero me era imposible no querer protegerla. El hermano guardabosques era un rol que estaba muy dispuesto a asumir, más que nada porque me parecía que estaba extremadamente justificado. Ella sería autónoma e independiente, con departamento y trabajo propios, pero si un hijo de puta se estaba aprovechando de su discapacidad para poder enterrar su miembro en algún lado, entonces, lamentablemente, esa persona iba a tener que enfrentarse a mi lado más sanguinario. Porque no dudaría en rebanársela de la forma más dolorosa posible.

Y que Lulú se enamorase era una reverenda cagada. ¿Hasta qué punto confiar en el amor entre alguien con una discapacidad y una persona sin problemas de esa índole? ¿Hasta qué punto negarle la felicidad a alguien por el simple hecho de no ser como los demás? Una vez Walter me dijo que tenía que ser un poco más flexible, que en el mundo había muchísimos pelotudos cogiéndose pibas exitosas, y que nadie salía a defenderlos por sospecha de abuso. Después le costó desdecirse, en especial porque me había agarrado cruzado, pero en mi opinión había dado a entender que los chicos con algún tipo de retraso eran pelotudos. Que la cosa va, que la cosa viene, me terminó diciendo que muchos pelotudos tenían algún tipo de retraso y no al revés. Y, muy en el fondo, siempre supe que lo que él quería decir era que el síndrome de Down no era más que una etiqueta, una categoría taxonómica dentro del retraso neuromadurativo, al que mucha gente pertenecía sin diagnóstico médico formal, por lo que pasaban más desapercibidos. Cada tanto Walter se inspiraba y, muy cada tanto, tenía razón.

Decidí tranquilizarme y permitirle más carcajadas por no saber cómo contener su sonrisa. Después de todo, su felicidad era contagiosa.

—¿Y cómo se llama? —le pregunté doblando en la esquina del

teatro, donde muchísima gente bien vestida estaba congregada.

—Mati —dijo envuelta en rubor—. Pero no le podés decir a nadie.

Asentí con la cabeza y no dije más nada. Un hombre de negro me hizo una seña a lo lejos y me morí de la vergüenza de que el valet parking se tuviese que hacer cargo de mi óvalo con ruedas. Estacionamos en la entrada y le dejé las llaves al muchacho, un poco canchereando porque no hasta hace mucho la estaba encendiendo con los cables pelados. Dejamos la fórmula uno y con Lulú fuimos al encuentro de nuestros familiares.

La tía Marta nos hizo señas desde un costado. Llevaba puesto un vestido de escamas negras relucientes y tenía una peineta en la cabeza sacada del milenio pasado que no terminé de entender. Estaba hablando con un tipo alto que nos daba la espalda.

—León, Luchi, están divinos —dijo y nos besó exageradamente a ambos—. Saluden al doctor Benavidez. Lo conocen, ¿no?

Benavidez era el segundo del viejo. El que estaba contando los días para que se jubilara, el que lo asistía en quirófano desde que tenía memoria. Un tipazo, siempre muy afectuoso y el responsable de que me hubiera metido en medicina.

—Cómo no me van a conocer —dijo con su vozarrón tan característico y una sonrisa plateada abriéndose paso entre su barba—. ¿Qué cuentan el Lele y la Lulú? —dijo abrazándonos a los dos como hacía siempre desde que éramos chicos.

Pudimos soltarnos de él al cabo de unos segundos. Benavidez era bastante más fantoche que el viejo. Tenía un traje blanco medio narco y estoy segurísimo de que si se lo hubiesen permitido, se hubiese puesto también un sombrero.

—Gracias por venir, Fausto —le dije finalmente poniendo una mano sobre su hombro—. Es importante para el viejo que estés acá.

—No digás boludeces, pibe. —Se sonrió—. Para mí es un

honor que el jefe me haya guardado una entrada. Esto no me lo perdía por nada del mundo.

Que me siguieran diciendo pibe pese a estar llegando a los cuarenta era algo que no sabía si me gustaba o irritaba. O estaba bien mantenido o era una forma de ser ninguneado por mi juventud. Decidí no darle demasiadas vueltas al asunto.

—¿Y papá? —preguntó Lulú.

Asentí y miré a Marta.

—¿No venían juntos?

—¿En serio los sorprende? —Se relajó apoyándose en el hombro de mi hermana—. ¿No dice siempre que llegar temprano es llegar también a destiempo?

—“Puntual es puntual” —cerró la frase Fausto Benavidez, haciendo una vaga imitación de la voz del viejo.

Una multitud de gente me saludó en la antesala. Todos orgullosísimos por los logros de papá. Algunos me mencionaban algo sobre un par de técnicas quirúrgicas que él mismo diseñó, sobre los avances cardiovasculares que trajo al país, sobre las miles de vidas que salvó, no solo él con sus mismas manos, sino con el desarrollo médico que implicó su existencia en el mundo. Pacientes y familiares de pacientes se agolparon en la entrada con la única intención de verlo pasar y poder agradecerle. Políticos aprovecharon para tener su foto con él, colegas de otros países viajaron para poder estar presentes en la fecha que terminaría de coronarlo, en vida, como el médico de mayor trascendencia en la historia de Sudamérica. Faltaba la alfombra roja, pero ese evento fue lo más cercano que vi a una gala de premiación de cine en mi vida.

Y ahí estaba yo, el hijo de, el nefrólogo, el que rechazó el bisturí por las orinas, el heredero de un trono del que nada quería saber, en un evento al que solo fui por el eterno respeto que le guardaba. Porque más allá de la enorme mochila que me tocó cargar al vivir

a su sombra toda mi vida, papá fue un tipo excepcional desde el inicio de los tiempos. Se deslomó con el fin de asegurarle toda la atención médica a Lulú para que ella pudiera estar donde estaba, para que ambos tuviéramos una educación digna, para que no nos faltara el pan y todos los veranos pudiésemos irnos de vacaciones.

Ojalá las cosas le hubieran sido más sencillas, porque el colmo fue que encima mamá falleció a los pocos años de que naciera la peque, obligándolo a vivir de guardia en guardia para que no nos faltara nada. Metía viajes a trocha y mocha para poder sumar unos pesos más en el interior, y nos dejaba al cuidado de Marta cada dos por tres. Cuando yo ya era adolescente, muchas veces llegaba a casa a eso de las once de la noche y se devoraba las milanesas que le dejaba listas, casi sin poder hablar entre bocado y bocado. Lulú hacía un esfuerzo enorme por esperarlo despierta, pero el tipo ni había tenido tiempo para almorzar esos días. Era cuestión de llegar, comer y dormir. Cumplía sus funciones básicas para poder permitirnos las no tan básicas.

Para muchos habrá sido tal vez un padre ausente, pero saber que todo lo que hizo fue siempre por el bienestar de nosotros dos, y que además, en el camino, salvó miles de vidas y probablemente termine salvando millones con él ya muerto, hizo que indefectiblemente me viera obligado a ponerme de su lado. Me gustase o no, no me quedaba otra que esa noche ponerme de pie y ovacionarlo junto al público.

Pero antes de que cerraran los portones para que eso sucediera, hubo un altercado en la entrada al teatro. Fue como si un aire eléctrico y silencioso hubiese recorrido el salón de punta a punta, cargándonos a todos con una estática nerviosa. Se escucharon un par de gritos y empecé a ver empujones. Dejé a Lulú con Fausto y Marta, y fui rápido a ver qué mierda pasaba.

En las escalinatas se había formado un pequeño tumulto. Un pelado insultaba, algunos periodistas trataban de captar lo que decía, pero la gente estaba hecha una furia.

—¡Hijo de puta! —decía eufórico, con las venas del cuello completamente ingurgitadas—. ¡Ladrón, hijo de puta! ¡Devolveme a mi hijo, asesino!

¿Era él? ¿Podía ser? Papá siempre hablaba de un pelado que le había vuelto la vida imposible. El único juicio que tuvo en su carrera por mala praxis, juicio que ganó, obviamente, pero juicio del que no guardaba recuerdos porque era bastante chico. Eso o el viejo siempre supo cómo separar su vida laboral de la privada, y nosotros ni nos enteramos.

Estaba por lanzarme a frenarlo un poco, lo único que faltaba era que llegara papá y viera su gran noche arruinada, pero en eso, como enviado por Dios, apareció el gancho izquierdo de Walter incrustándose en su cara y al tipo se le apagó la tele.

—Comé, pelado corneta —dijo y lo escupió.

El ridículo estaba de camisa hawaiana, jean y sandalias con medias. Se había hecho la planchita y tenía el pelo tirado para atrás agarrado por una vincha que nunca le había visto. Los paparazzis no dudaron en saltarle al cuello y ofrecerle el micrófono.

—¿Quién es usted?

—¿Conoce al doctor Carmona? ¿Es amigo?

—¿Quién era el hombre al que le pegó? ¿Por qué le pegó?

—¿Es verdad que usted hacía karate con el doctor Carmona?

Walter se sonrió y, con los ojos completamente enrojecidos, se sacudió las lanas como en una publicidad de acondicionador de pelo.

—Hola, soy Walter, pero me pueden decir Walt —dijo e hizo la V de la victoria frente a las cámaras—. Mamá, llegué a la tele, para vos que decías que soy un frac...

Y lo arrastré a la fuerza por las escalinatas. Le dije a los de seguridad que venía conmigo y gracias al cielo no me hicieron mucho escándalo para dejarlo entrar.

—Walter, la puta madre.

—Decilo, felino, decilo —dijo soltándose de mi brazo y sonriéndome.

—¿Qué cosa? —Sabía perfectamente qué me iba a pedir.

—“Gracias, amigazo, nos salvaste la noche”. —Se me cagó de risa y agarró el faso que siempre se guardaba atrás de la oreja para después ponerlo en su boca.

—Acá no, pelotudo. —Se lo saqué y me lo guardé adentro del saco.

—Ah, pero vos sos un atrevido. Encima que le salvé la vida a tu viejo, tenés el tupé de chorearme el cigarro.

—Dale, boludo —le sonreí—. Gracias, después lo fumamos juntos, pero ahora haceme el aguante que bastante tengo con las miradas que tu evidente interpretación de vestirse de gala nos hizo ganarnos.

Walter dio un paso hacia atrás.

—¿Viste? —dijo alisándose la camisa y dando media vuelta—. Walter Repetti vino hoy —empezó poniendo voz de locutor y comenzando a desfilarse en línea recta delante de mí— vestido por el reconocidísimo modista francés, Víctor Rec...

—Dale, faloperero, entremos que ya empieza. —Lo agarré de la camisa y lo arrastré puertas adentro.

—Decime que tengo lugar al lado tuyo en primera fila y me muero muerta.

—¿Sos joda? Bastante que podés entrar, fijate que seguro alguien del fondo falta y colate donde puedas.

Todos pudieron ubicarse en sus butacas y al cabo de quince minutos las luces apuntaron al escenario para que, luego de muchísimas menciones especiales a todos los que pusieron la tarasca para que se pudiera llevar a cabo la premiación de mi viejo, la presentadora pudiera comenzar a hacer el preámbulo de lo que

todos habíamos ido a ver.

Estaba sentado junto a Lulú y Martita, una más excitada que la otra. La tía estaba casi lagrimeando incluso. Más allá estaba gran parte de su equipo de quirófano, algunos de los viejos y otros de los nuevos. Estaba medio oscuro así que no los pude ver bien, pero primero estaba Benavidez, le seguía Raquel, la instrumentadora, creo que el anestesista, algunos de sus enfermeros y un cirujano que en las operaciones más grandes hacía de ayudante. Es verdad que la primera fila del teatro por lo general se guardaba para la familia más cercana, pero era muy probable que esas personas hubiesen sido incluidas en nuestra misma hilera porque debían de ser casi tan su familia como nosotros. Me animo a decir que los veía bastante más a ellos.

Sin embargo, la butaca del viejo seguía vacía. Se iba a sentar a mi izquierda, pegadito al corredor principal para subir al escenario sin tener que esquivar a nadie, pero todavía no había llegado. Y ahora sí se podía decir, por primera vez en su vida, que estaba retrasado. Me trepó un frío por la espalda y algo en el ambiente me dio mala espina. Supuse que si la presentadora había seguido adelante era porque habían confirmado su presencia, y seguro saldría desde los bastidores, o caería en paracaídas o algo por el estilo. Pero muy en el fondo, yo estaba seguro de que algo le había pasado.

—Bueno, y ahora sí —comenzó a decir la presentadora—. El momento que todos estaban esperando. —Miré mi celular, no podía ser que no hubiera llegado. Revisé los mensajes y no tenía nada—. El camino de la medicina es uno difícil, uno que los que saben dicen que dura toda la vida. —Me fijé en las llamadas, tenía el número desconocido de la mañana, pero nada más—. Prevenir, curar, acompañar y nunca hacer daño, máximas a las que se comprometen en su juramento y máximas que, mal que mal, casi todos llevan a cabo. —Miré hacia atrás, el salón era enorme, apenas podía ver miles de cabecitas mirando al frente, pero ninguna era la de él—. Así y todo, son pocos los que llevan

ese compromiso con la sociedad más allá. —Volví a agarrar mi celular, marqué su número, llamé—. Los que salvan vidas indirectamente con sus descubrimientos, con su pasión por la ciencia, con su lealtad hacia el pueblo. —No me dio ni un tono el hijo de puta, había tanta gente aglomerada que las líneas seguro estaban saturadas—. Es un honor entonces presentarles al padre del trasplante avanzado en Sudamérica, al embajador del INCUCAI en el mundo, al inventor de las técnicas de...

De pronto sentí a alguien sentarse en el lugar de mi viejo. Un hombre de muchísimo porte, espaldas anchas, olor a tabaco intenso y una respiración quejumbrosa atemorizante. Se pasó la mano derecha por su boca y pude escuchar el ruido áspero que hizo su palma seca y gruesa contra la piel curtida de sus labios. Estaba oscuro, pero su tez tostada y cagada a palos resaltaba centelleante contra la chomba rosa que se había puesto.

—Quedate quieto, pendejo, que te vuelo la pierna —me dijo con una voz hosca de ultratumba, y sentí un frío metálico presionarme el muslo izquierdo—. Ahora decime, ¿dónde carajo está tu viejo?

—Con ustedes —continuó la presentadora—, ¡el doctor Pedro Carmona!

Y todo el público se puso de pie para ovacionarlo.

CAPÍTULO III

Me quedé petrificado en mi lugar, sin posibilidad de articular mis miembros. El hombre me sujetó del brazo e hizo que me incorporara. El arma pasó de la pierna a clavarse en mis costillas. Era como si una daga de hielo se estuviese infiltrando lenta y dolorosamente en mis pulmones. Me faltaba el aire y nadie se había percatado de su presencia.

—Decís algo y te encajo un tiro —me susurró lo suficientemente cerca del oído como para hacerse oír entre el bullicio. Tenía un fuerte acento al que no le pude adivinar el origen.

Detrás de la presentadora comenzó a descender un telón blanco, y la gente empezó a hacer silencio lentamente, para luego pasar a un murmullo especulador incesante. En el lienzo apareció proyectada la imagen de mi padre en su oficina, con el sol entrándole por el ventanal del costado. De pronto, todos tomaron asiento y no voló una mosca en todo el teatro. Sentí la respiración del hombre al lado mío entrar en suspenso. Una lágrima me cayó por el pómulo derecho. Lulú se dio cuenta y me dio la mano pensando que estaba emocionado. Se la apreté con fuerza.

—Buenas noches —dijo la grabación de mi viejo, vistiendo una camisa blanca con los primeros tres botones desabrochados—. Es un honor para mí tenerlos a todos presentes. —Hizo una pausa,

sonrió y tomó entre sus manos la estatuilla que la organización le había creado—. Antes que nada, quiero pedirles disculpas por no poder estar ahí. Agradezco el gesto con una enormidad que no se pueden imaginar, nada de lo que hice en mi vida fue con la intención de ser reconocido por ello, ni galardonado, ni recompensado de alguna manera que no fuera con una sonrisa. Lo cierto es, y los que me conocen lo saben, que todo lo hice siempre pensando en la Lulú y el Lele, mis hijos. —Sonrió con dulzura—. Si en el medio permití que algunos corazones siguieran latiendo algunos días o meses más, si ayudé a que los muertos pudieran ayudar a los vivos, si pude enseñar algunas de las locuras que se me ocurrieron, sepan que fue todo casualidad. Que lo único que quería era que mis hijos tuvieran una vida mejor que la mía, una vida en la que gracias a estos esfuerzos, tal vez desmedidos por momentos, ellos pudieran estar más presentes en las vidas de sus hijos o seres queridos que lo que yo pude estar en la de ellos —se le quebró la voz, carraspeó, aclaró su garganta—. Así que de nuevo, gracias principalmente a ustedes dos que los amo con lo más profundo de mi corazón. A vos, Martita, por cuidarlos siempre que yo no pude, por ser la mejor madrina que le pude haber confiado a mi hija y ser la mejor compañera que pude haber tenido desde que la mamá de los chicos me dejó, tantos años atrás. Gracias al equipo, los que me bancaron en todas y cada una. Gracias a la producción por armar semejante escándalo por un tipo que no se merece nada de esto. Gracias a los demás por venir, gracias a todos, en serio, fue un viaje maravilloso. —Tomó aire, suspiró. Yo escuchaba sin escuchar, el hombre seguía apuntándome con fiereza—. Y perdón de nuevo por no estar, finalmente puedo decir que hasta acá llegué. Me tomo vacaciones indefinidas, no creo volver en un buen tiempo. —Rio, y se escuchó el asombro de todos los espectadores—. Me jubilo, es mi tiempo de vivir lo que me quede de vida con los que realmente quiero. Para el momento en que se reproduzca este video planeo estar en otro país, bien lejos, no tengo ni la menor idea de cuál, pero quiero y necesito disfrutar un poco. Gracias a todos, fue un placer.

Y antes de que se hubiera apagado el proyector, sentí al hombre soltarme con brusquedad para después salir rajando antes de que encendieran las luces. Para cuando me di vuelta para ver por dónde había escapado, ya no quedaban ni rastros de su existencia.

La imagen de mi viejo desapareció y de inmediato se iluminó el salón. Los aplausos tardaron sus buenos segundos en aparecer y, de hecho, se iniciaron de forma lenta y aislada. De a poco la ovación fue ganando forma, pero se vio interrumpida por un bullicio acompañante que por momentos era más fuerte que los aplausos. Lulú me soltó la mano y empezó a aplaudir con vehemencia. Yo seguía paralizado en mi asiento, pálido como un papel, con el sudor frío recorriéndome la frente.

—Lu —le dije acercándome a su oreja.

—¡Ganó, Lele! —Estaba eufórica—. ¡Papá ganó!

—Lu, atendeme una cosa —le volví a decir y dejó de aplaudir un segundo para poder escucharme—. ¿Vos viste al tipo que se sentó al lado mío?

En eso, Marta quiso oír de qué estábamos hablando.

—¿Qué tipo? —preguntó Lulú.

—Marta, escuchá vos también —le dije y formamos un pequeño círculo—. Un tipo se me sentó al lado cuando estaban por premiar a papá. ¿Alguna lo vio?

Las dos negaron con la cabeza, mirándome con desconcierto.

—Yo nunca vi a nadie —dijo Marta.

—Señor —dije agarrando al que se sentaba atrás mío—, disculpe, usted por casualidad...

—Muchas felicitaciones —me interrumpió esbozando una gran sonrisa.

—Sí, gracias —lo acallé lo más rápido que pude—. ¿Usted vio al que se sentó al lado mío recién, hace unos minutos?

El hombre me miró sorprendido.

—¿En la butaca de su padre, dice? —Y le asentí—. Estuvo vacía toda la noche. —Frunció los labios, hundiéndose de hombros.

—Gracias.

Di media vuelta pero Marta ya estaba charlando con Benavidez y Lulú se había quedado embobada con la opulencia de mil quinientas personas aplaudiendo a su papá. Había sido real, no lo había imaginado. Sentí el caño del arma apretarme la piel. Su olor a pucho era tremendo, opacaba por completo el fuerte perfume de Lu y de todos los que me rodeaban. Y encima el viejo tomándose el palo sin levantar la perdiz. Nada tenía sentido.

De pronto sentí que me ahorcaban la boca del estómago. El retorcijón hizo que me doblara, un fuego me trepó por la garganta y tuve ganas de vomitar lava. Las manos me empezaron a temblar y el sudor me caía gélido como nieve derritiéndoseme en la frente. Alguien estaba persiguiendo a papá y él se había escapado. ¿Pero por qué no avisar? ¿Por qué no dejarse ayudar?

Sobreviví los siguientes minutos en un estado catatónico, entablando conversaciones de a monosílabos, probablemente asustando a más de uno, pero elucubrando, constantemente elucubrando. El paradero de mi viejo me tenía sin descanso y me asfixiaba ser el único al que parecía tenerlo preocupado. Podía tener que ver que solo yo fui amenazado esa noche, pero no era normal que papá se fuera así como así, del laburo, de su familia, de su vida.

En el medio me crucé a Walter, que me hizo un chiste con algo de que mi viejo tenía más renombre que Daenerys Targaryen, y que había conocido una señora, médica, con la que había pegado onda. Le di mi bendición, le encajé a Lulú a la tía Marta, y fui rápido a pedir que el chico del valet parking me trajera la Scénic.

En esos dos minutos hasta que me la trajo se me congelaron los huesos. Miré a todos los alrededores constantemente por si veía algo raro, pero nada excedió a la norma. El recepcionista no

había visto a ningún morocho de chomba rosa y me dijo que para revisar las grabaciones de las cámaras tenía que caer con un orden de un juez. Al fin y al cabo el tipo podía llegar a tener intenciones de ayudarme, pero en este planeta nadie iba a hacer algo por lo que no le pagaban.

Ya en la Scénic, me puso del ojete que adentro hiciera tanto más frío que afuera. Ni me gasté en encender la calefacción, el tramo a casa era corto, pero el traje que me había puesto parecía empapado. El volante era un hielo de forma redonda y funda despeluchada. Manejé con una sola mano, metiéndome la otra en los huevos a ver si se calentaba un poco, pero a las pocas cuerdas cambié de opinión porque lo último que necesitaba era clavar me un accidente por no haber llegado a la palanca de cambios a tiempo. Así que me la banqué respirándole mi aliento encima, pero con cada soplido perdía importantes grados de temperatura corporal interna.

Doblé en la esquina de casa y cuando estaba por dejar la Scénic durmiendo afuera, hubo un corto relámpago que me descolocó por completo. Cuando volví la vista, vi que me había dejado una luz en el comedor encendida. Y si había algo con lo que yo era obsesivo, eso era con cerrar la puerta delantera con llave y dejar todo lo electrónico apagado. Ya bastante la había sufrido dos veranos antes cuando me fui un fin de semana a la quinta de un amigo y me dejé el aire acondicionado prendido. Se le sobrecalentó el motor, entró en corto, tuve que comprar uno nuevo. Hice guardias extra para llegar a fin de mes.

Apagué el auto y me di cuenta de que se me había ido el frío. Sentí mis manos calentarse, mi corazón bombear como un martillo hidráulico y el parabrisas empezó a empañarse.

Me bajé de mi fiel corcel de acero y caminé silenciosamente hasta la entrada de casa. Intenté taconear lo menos posible, pero la escarcha de la vereda hacía que cada uno de mis pasos resonara hasta la cuadra siguiente. Respiraba asincrónicamente, me sudaban las manos y las axilas, sentí que me temblaba todo. Subí

con lentitud las escalinatas que me llevaban al pórtico de la casa, y probé el picaporte. La puerta no cedió, lo que me tranquilizó un poco. Introduje la llave evitando que entrara en contacto con el metal del cerrojo hasta que fuese estrictamente necesario, y la giré rápido para ingresar sin dar tiempo de reacción. Pero en el intento, la llave se me trabó. Intenté abrir y no pude, saqué la llave y vi que la había puesto al revés. La introduje velozmente, le di dos vueltas y tomé aire. No oí nada provenir del otro lado. La quietud era extrema, casi que podía escuchar la sangre fluyendo por mis arterias y arremolinándose en mi cabeza. Tomé el gélido picaporte entre las manos una vez más, lo hice girar y empujé.

En la fría noche del martes 13 de agosto de 2019, abrí la puerta de mi casa y me encontré a mi viejo sentado cómodamente en un sillón, esperándome. Muerto.

CAPÍTULO IV

Casi me caigo de espaldas al verlo sentado en mi sillón favorito enfrentando la puerta de entrada.

—Papá, la puta madre, poco más y me muero del susto —largué con una risa desde el marco de la puerta.

Inflé los pulmones agarrando el alma que por poco se me escapa y metiéndola por la fuerza de nuevo en el cuerpo. Di un paso hacia adelante y una ola de calor me asaltó de lleno, haciéndome toser ese aire que había inhalado. Fue como si hubiese abierto la puerta de un horno inmenso de golpe. Sacudí mi cabeza y abrí grande los ojos. El vapor salía de la puerta hacia el exterior cual terma en la nieve. Mi casa era un infierno.

—Viejo, viejo —dije entrando rápido y abriendo todas las ventanas—. Papá, carajo, ¿por qué prendiste la estufa? ¿Estás loco?

Abrí las tres ventanas del comedor de par en par, fui a la cocina e hice lo propio, pasé por el pasillo que llevaba a mi habitación, aproveché para apagar la estufa y terminé de abrir las ventanas que me faltaban. En cuestión de segundos, el frío gélido de afuera arrasó con el hervidero que era ese lugar. Estaba seguro de que si alguien pasaba por la puerta en ese momento, hubiera llamado a los bomberos por pensar que el humo era producto de un incendio.

Fui hasta el comedor, cerré la puerta de entrada para lograr algo de privacidad y me volví hacia papá. Recién al verlo tomé noción de que no se había despertado en toda mi travesía por la casa.

—¿Papá? —dije fuerte, acercándome y arrodillándome frente a él—. Papá, ¿estás bien? —Lo zarandeeé.

Pero el viejo ni se inmutó. Lo miré con detenimiento y un detalle en su rostro me embistió por completo. Su piel blanca, casi transparente como se le ponía en el invierno, estaba rosada como si le acabasen de contar el chiste más zarpado que hubiera escuchado en su vida. Lo volví a zamarrear, lo llamé por su nombre, le grité e hice lo que no me venía animando a hacer: le tomé el pulso. Primero en la yugular, nada. Después el radial, menos. Lo tiré al suelo intempestivamente, le saqué el suéter por la cabeza y cuando estuve a punto de arrancarle la camisa, frené en seco. Un agujero justo a la altura de su corazón decoraba la seda blanca que lo vestía. Pero para mi sorpresa, apenas si estaba embebido en sangre. Lo único escarlata que resaltaba era el rosado de su piel contra la blancura de la tela.

Le rompí la camisa de un tirón y le salté encima para masajearle el corazón. En mi cabeza no había una sola sinapsis, yo sabía que el viejo llevaba varias horas muerto y que de nada servía hacer lo que estaba haciendo. Pero no era yo el que estaba procediendo en ese momento, mi sustancia gris se había desenchufado, eran mis huesos y músculos actuando por inercia, por el vago resabio de emergencia médica que había quedado en alguna porción accesible de mi cerebro. Mis manos duras arreciaban contra su pectoral perforado y asalmonado, y ni la cara ni el color de su piel parecían haber cambiado en lo más mínimo al cabo de unas cuantas compresiones. Parte de mi piloto automático dudó de si llamar o no al 911. Después de todo, ¿qué sentido tenía? Mi mirada vagó por las paredes del comedor buscando el teléfono de línea, pese a que tenía el celular encima, y en eso me encontré con la estufa del pasillo y casi se me corta la respiración de lo imbécil que estaba siendo.

Arrastré a mi viejo como pude por el comedor hasta la cocina y de ahí al patio. Salimos y el viento me cuarteó la cara. La humedad empezó a treparme por las piernas mientras hacía que el cadáver de papá avanzara por el césped helado, y solo cuando vi su piel a la luz de la luna entendí que lo que estaba viendo eran livideces, y que era muy posible que mi viejo hubiese muerto por inhalación de monóxido de carbono.

Eso o el tremendo agujero que tenía en el medio del pecho.

Me quedé sentado sobre el pasto mirando su cuerpo inmóvil, sin poder de reacción. Nada tenía sentido, absolutamente nada, la puta madre. El video en el teatro. El tipo persiguiéndolo. Que dijese estar en otro país y que apareciese muerto en mi casa. ¿De un tiro? ¿Por mi estufa de mierda? No podía ser, nada de eso podía estar pasando.

En eso escuché sonar su teléfono dentro de la casa. Mi cuerpo intentó moverse, pero no encontró las fuerzas. El pitido volvió a aparecer y mis piernas se contrajeron cual resortes. En un abrir y cerrar de ojos estaba de pie corriendo por la cocina y hacia el comedor. Si algo podía dar sentido a todo lo que estaba sucediendo, eso era un llamado a su teléfono después de que lo hubiese encontrado muerto.

Llegué al comedor, el pitido volvió a sonar y vi que su tapado estaba colgado del perchero. Contuve la respiración, lo agarré con fuerza y salí rajando al patio de nuevo. Pero el teléfono dejó de sonar en cuanto mi cuerpo tiritante se acomodó al lado del suyo. Revisé los bolsillos de su abrigo y encontré unos papeles largos que me costó identificar de qué se trataban. Hacía varios años que no veía de esos. Eran tres pasajes de avión, uno a mi nombre, otro para Lulú y el último para él, con destino a Sudáfrica para esa misma noche.

Las manos me temblaron y el pasaje de Lulú se me cayó al suelo, humedeciéndose al entrar en contacto con el césped. Dejé los papeles a un lado y seguí revisando los bolsillos, lo único que

me faltaba era que por mis manos trémulas y torpes no pudiese atender el teléfono en caso de que quien fuese que estuviese llamando volviera a hacerlo. Finalmente, di con algo pesado y frío, hecho de metal. Lo saqué, lo miré, fruncí el ceño. Me costó procesar eso que tenía entre mis dedos. Lentamente y tratando de serenarme lo más posible, deposité el revólver lo más lejos que pude.

Hice como si nada hubiera pasado y seguí revisando su abrigo. Lágrimas me caían por la cara pero yo no entendía por qué. De pronto, encontré su celular en el bolsillo interno del saco. Era un Motorola V3 plateado, el de tapita que revolucionó el mercado a principios de los 2000. Me lo quedé mirando como si tuviera entre mis manos una preciada obra perteneciente a un museo. En especial porque ese no era el teléfono de papá.

Lo abrí, estaba en hora y completamente cargado. Ahí recordé que por entonces la batería de los teléfonos duraba bastante más. Revisé los mensajes de texto pero tenía la casilla vacía. Miré su agenda telefónica y apenas si tenía un manojito de contactos. Entre ellos el mío, el de Lulú, el de la tía Marta, el del tío Luis, los que supuse que eran de los abuelos, el de mamá y el de algunos compañeros del trabajo. Pero no debían ser más de quince. Lo que sí me llamó la atención fue que en el historial de llamados el último que había hecho había sido a mí, esa misma mañana.

De un segundo para el otro, el teléfono que había sonado dentro de la casa volvió a hacerlo dentro de su saco. En el exabrupto, el Motorola se me cayó de las manos pero rápidamente pude hacerme del que sí era su celular, un Samsung último modelo. Era un número desconocido, pero no me importaba, necesitaba saber quién era.

Atendí y guardé silencio. No sabía cuán silenciosa era en realidad mi respiración jadeante, pero necesitaba que el otro se pronunciara para al menos, en una de esas, poder identificar su voz. El teléfono vibraba dentro de mi mano en un espasmo nervioso involuntario, pero ninguno de los dos se animaba a hablar.

Habrían pasado algo así como dos minutos, aunque lo más probable era que tan solo hubieran sido quince segundos, cuando no aguanté más y algo salió de mi boca.

—¿Quién mierda es? —lancé como escupiendo una bola de fuego.

Y el muy hijo de puta colgó. Traté de llamarlo de inmediato, pero el teléfono me lo impidió. Número privado y la concha de la lora. Tiré su teléfono a la mierda y grité como nunca grité en mi vida. Fue como si mi garganta hubiese erupcionado, como si un trueno hubiese manado de mis fauces, rajando el cielo y la tierra por su violencia. Perros aullaron a lo lejos, alguna que otra luz baja se encendió en los alrededores y yo caí vencido junto al cadáver de mi viejo, sintiendo que el que tenía al lado era un total y absoluto desconocido.

Lloré desconsoladamente, lloré como no lo hacía desde que murió mamá. Sentí la imperiosa necesidad de hablar con papá, de escuchar su voz y recordar que él había sido mi progenitor y cuidador, que él lo había hecho todo por nosotros, que él nos amaba con lo más profundo de su ser. Que el que tenía al lado no era un extraño. Agarré el Motorola que había dejado por ahí tirado, marqué su número y aguardé.

El Samsung empezó a sonar desde la otra punta del patio, una, dos, cuatro, seis veces. Era cuestión de segundos para que me atendiera la contestadora con su famoso “este es el número del Doctor Carmona, ahora no puedo atenderlo, déjeme un mensaje y lo llamo cuando pueda”, y yo pudiese terminar de llorar como correspondía.

Pero eso no pasó.

El teléfono sonó una vez más, la línea largó un muy breve pitido y una voz grave atendió del otro lado.

—¿Hola?

Era mi viejo.